



Cómo quedará el cacique cuando todo se publique.

CHARLA INSUSTANCIAL

Ya comienzan las brisas primaverales á despertar la vida que el triste invierno con sus besos helados y sepulcrales... (¡En qué lío me he metido, oh Dios eterno!) Ya los pájaros cantan en la enramada, ya en Marcilla la sangre corre á raudales y ya siente su fuerza tonificada cual si hubiera tomado perlas vitales.

Mir y Miró recobra su antiguo acierto, y, al ver que se disipan glaciales brumas, se piensa que es la tierra Edén... concierto de besos, mariposas, flores y plumas.

Lladó y Vallés se encuentran más expresivo y hasta tintas verdosas un tanto pierde; en cambio Morros se halla más pensativo y Vinaixa se encuentra mucho más verde, lo que hace que Marcilla, con amargura y acentos y ademanes casi indecisos, exclame ¡Quién tuviera tanta frescura para salir airoso de compromisos!

—Unico á quien no afecta la primavera es al siempre glorioso Santamaría; cada día es su mirada más torva y fiera; su acento es moribundo más cada día. Ya no es el lerrouxista gallardo y fuerte, de arranques varoniles, fuera de tono; ya el

pobre hombre no piensa más que en la muerte; cree que es entre los suyos último mono.

Morros suele decirle con frase tierna:

—No así, chico, te entregues á desconsuelos, que el piadoso cacique que nos gobierna no dejará la paila de hacer buñuelos; le es siempre necesario tener á mano, para llenar sus fines, bastante ripio, y en esta primavera y este verano ¡cuanto puede... lograrse del Municipio! Aun quedan nueve meses de vida holgona, de abundancia, de goces y de alegría; de aquí á entonces el amo tu suerte abona; deja el *ora pro nobis*, Santamaría!

Pero Santamaría suspira y calla, pensando en que se acaba la gran cosecha, en que llega el momento de la batalla y en que son nueve meses muy mala fecha.

Don Emiliano siente también que ardiente se desliza el torrente circulatorio y si en algunos ratos héroe se siente, se siente muchas veces también Tenorio y hace cada conquista con su arrogancia y lleva tantas damas en dulce lidia, que Marcilla á su lado pierde importancia y hasta Vinaixa y Morros sienten envidia. ¡Oh, si en vez de devotas fuesen devotos, qué conter to estuviera don Emiliano! Pero tales devotas no tienen votos y las actas futuras son sueño vano.

Don Valentí Santiago también se altera con las brisas templadas primaverales; ¡él, que ha pasado siempre por primavera, por fin es diputado... de provinciales! Y hasta las negras barbas dan recios brotes y muestran nuevamente su lozanía y se enreda en las puntas de sus bigotes toda la lerrouxista filosofía. Si á don Santiago oyeras hablar sincero y si su fuero interno atento escarbas, verás que del gran Costa se cree heredero, porque se le parece... pero en las barbas.

Primavera, verano y otoño; luego tres largas estaciones que es necesario soportar descarado, ruinoso juego, hasta el mes de Diciembre, que es el Calvario.

Así don Alejandro también lo piensa y se halla preocupado, meditabundo, y hasta á veces exclama con pena inmensa:

—¡Qué cortas son las dichas de nuestro mundo!

Pero en tanto él, que vino medio desnudo, sin tener en la bolsa ni un perro chico, podrá encontrarse triste, quedarse mudo, pero ha sabido hacerse rico, muy rico. Y así no podrá á nadie causar asombro que ante las circunstancias, que son fatales, aunque se muestra triste, se encoja de hombros y crea que se ha escapado de peores males.

—Aun quedan nueve meses—dice altanero á los que se le muestran más aterrados—, nueve meses tocando mucho dinero pueden dejar á muchos muy bien dorados.

Y en tanto que despiertan las mariposas al calor de las brisas primaverales, hambrientas, atrevidas y revoltosas, se agitan nuestras larvas municipales.

Y vivir es amar, dicen los unos. Y vivir es comer, decís vosotros. Y vivir es robar, dicen los tunos. Y vivir es vivir, dicen los otros.

Para Marcilla amar es la existencia, para Mir y Miró es un *Eden*, para Vinaixa un sueño de inocencia, para Lladó también.

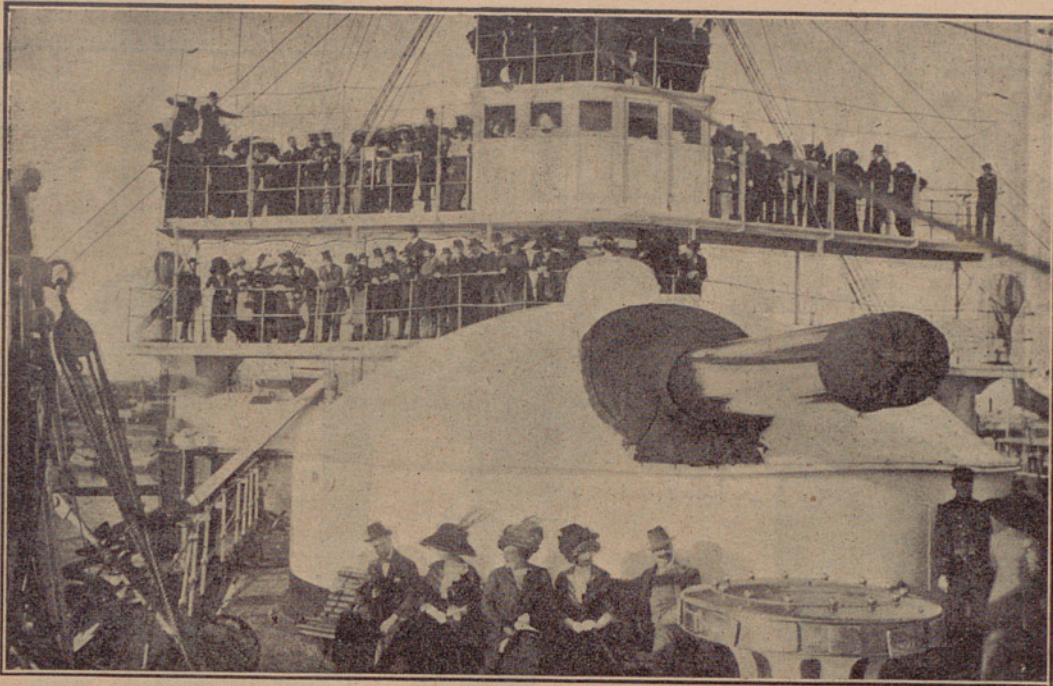
Pero al final de cuentas el empeño de la vida que más y mejor brilla, si suele comenzar en dulce sueño, suele acabar en negra pesadilla.

SOLFANELLO.



PILAR MARTI

simpática tiple que con no interrumpido éxito actúa en el Teatro de Novedades.



Aspecto del puente del "Carlos V," durante la fiesta celebrada á bordo, en obsequio de Barcelona, la tarde del sabado último.

OFERTAS DE MATRIMONIO

A un coronel yanqui, hijo de la señora más rica de los Estados Unidos, se le ocurrió decir hace poco que si encontrara una mujer á su gusto se casaría. Este coronel es ya bastante machucho y tan avaro como su señora mamá, viviendo los dos en un sexto piso de uno de los barrios más pobres de Nueva York, sin más compañía que dos gatos y un perro. Pero como su fortuna es fabulosa y Cupido hace ya mucho tiempo que en lugar de flechas para atravesar corazones sensibles emplea billetes de Banco, apenas corrió la voz de los deseos del coronel llovieron sobre él la friolera de setecientas y pico de cartas diarias, donde mujeres de todas clases y categorías juraban por lo más sagrado que le amaban con locura hacía ya mucho tiempo y para engolosinarle le enviaban sus fotografías, en las que aparecían verdaderas divinidades de carne y hueso, como ha podido verse por los periódicos yanquis que las han publicado. El coronel se divertía al principio un poco leyendo esas misivas incendiarias; pero al ver que las cartas apiladas iban llenando las habitaciones de su casa ha salido huyendo de Nueva York, declarando antes por medio de la Prensa que desiste por ahora de las mujeres y que seguirá dedicado á sus negocios.

Yo, discreto lector, no he sido víctima de un asedio tan ruidoso como el coronel yanqui, por la razón sencilla de que tengo que contar los céntimos con los dedos, ni he tenido la suerte de alguno de mis colegas de pelo teñido y dentadura postiza á quienes las coristas de teatro envían cartitas con la florista y á los que las cupletistas de café llaman *mon petit lou-tou* mientras les meten la mano en los bolsillos del chaleco; pero ¡qué demonio! también he hecho por ahí mis estragos, aun que me esté mal el decirlo.

Yo, amable lectora, no soy un Adonis precisamente, pues cojeo algo del pie izquierdo, tengo un poco desviada la columna vertebral, una pequeña quebradura en salva sea la parte, algo de humor herpético en las narices y cuatro dientes que me faltan en la mandíbula superior y dos en la inferior; pero, fuera de estas *fruslerías*, el día que no me aprieta el reuma, me ha afeitado bien el barbero y he tenido la suerte de que me haya colocado bien el *bisoté*, voy por esas calles con cierta gallardía y no diré yo que cause un alboroto en las huestes femeninas, pero sí que se lanza algún suspiro en mi obsequio, suspiro que yo aparento no percibir poniéndome un poco tonto.

Además, los que escribimos hacemos muchas conquistas sin darnos cuenta; muchas señoras se enamoran de los hombres *literariamente*, que es la manera más tonta de enamorarse.

Un día uno de esos amigos officiosos que nunca faltan me dijo:

—Hay una señorita de Agramunt que está loca por tí.

—¡Turrone!

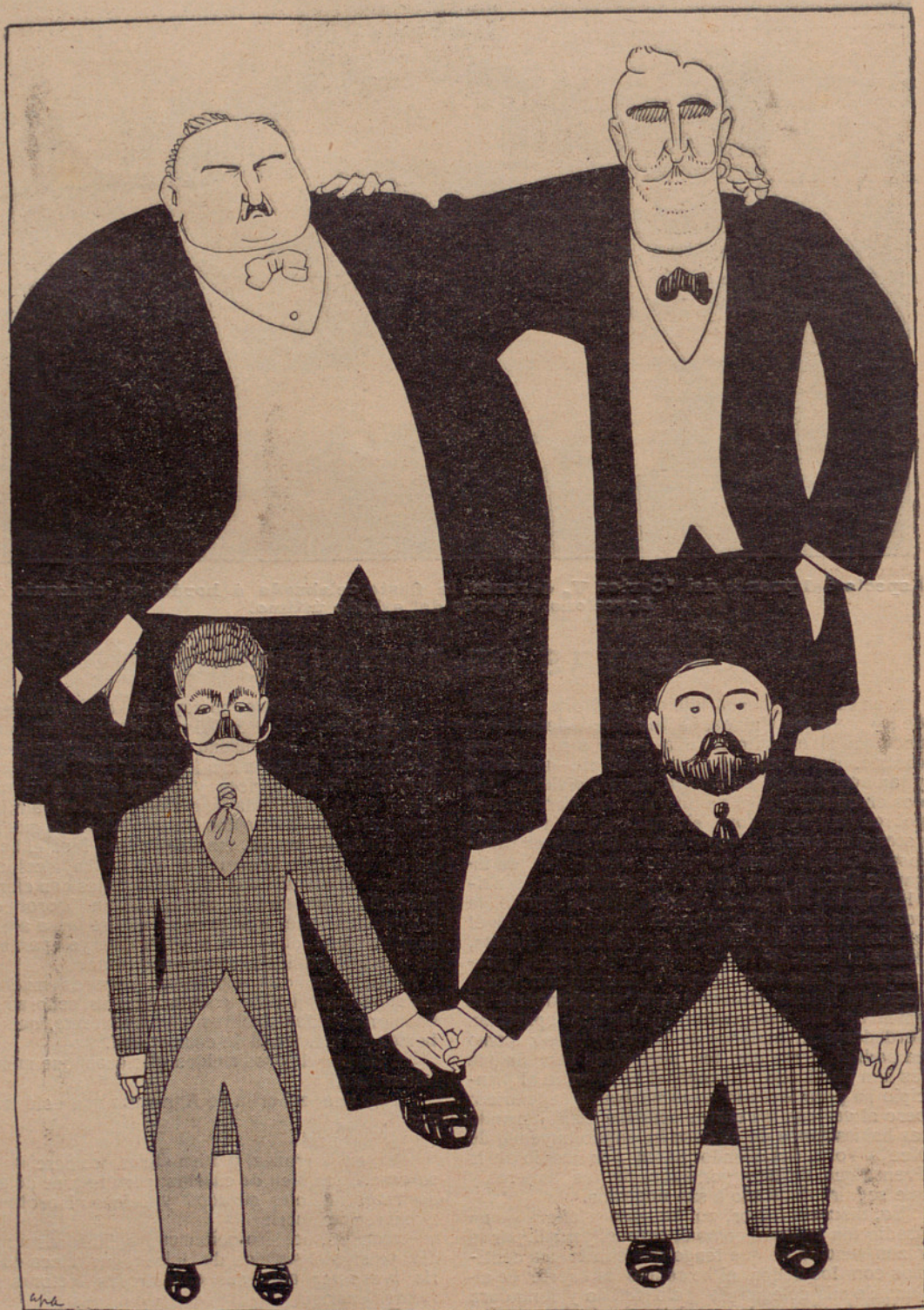
—Sí, en turrone, y bien duros, comercian en su casa. Está bien de cuartos; pero te cree delgado, rubio, de ojos *glauco*s y melena alborotada. ¿Quieres conocerla?

—Hombre, no. No quitemos las ilusiones á nadie; yo sigo el sistema de Balzac, que nunca querría presentar ante sus enamoradas lectoras su vientre enorme.

—Pues haces mal; es una chica muy ilustrada: se sabe de memoria los versos de Salvador Rueda y lee á Marquina...

—No si _as; renuncio al turrón de Agramunt.

Otras son más arriesgadas y ventilan el asunto en persona.



Aquí, lector, puedes ver,
si vas prestando atención,

del proceso de Ferrer
la probable conclusión.

abandonaba un solo instante el bueno de don Ramón, que eso le incumbía y muy gustoso lo ejecutaba.

Y por dicho también ha de tenerse que tras de Su Eminencia y del séquito iba medio pueblo y el otro medio pontase delante para verlo mejor, haciéndose cruces de lo mucho que se parece un obispo á un hombre.

El prelado, conversando afablemente, mientras le preguntaba al cura por la cosecha de maíz, que bien está ocuparse de lo material, iba largando bendiciones á diestra y siniestra para contribuir á la siembra de lo espiritual y á los que se acercaban dábales el anillo á besar.

El diablo, á quien todo le sirve, se aprovechó de estos besuques para conturbar al bueno de don Ramón.

Los chicos, aquellos chicos paternalmente atendidos por el cura, habían sido mandados á jugar con otros rapaces y desde muy temprano andaban revolcándose por las eras, cogiendo nidos y tirándose pedradas en bandos momentáneamente enemigos. Pero, al divisar la comitiva, la curiosidad les atrajo á la carretera, mirando con asombrados ojos las relucientes sotanas y los fulgores del pectoral.

El bueno de don Ramón, que tenía al diablo por mala persona, se puso como la grana, pero continuó sonriente.

El obispo se detuvo ante ellos.

—¿Cómo no habéis estado en la confirmación, muchachitos...?

Ninguno respondió. El más atrevido creyó del caso hurgarse las narices...

El cura respondió por ellos.

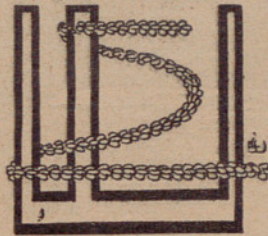
—Aun no tienen la edad, ilustrísimo señor...

—Pero debieron ir para ver la ceremonia. Venid, hijos míos, besaréis el anillo y os bendeciré para que Dios os haga muy buenos y muy obedientes.

—Sí, sí, para ir estaban...! Al verse directamente interpelados les entró pánico y lo que hicieron fué retroceder. Pero el señor cura les hacía señas de que se acercaran, deseoso de terminar cuanto antes aquel incidente, y los más obligados al respeto, que eran, naturalmente, los que el cura apadrinaba, rompieron filas y se aproximaron cohibidos, dispuestos á llorar...

Besaron el anillo y después el señor obispo, acariciándoles, les dijo:

EL OCTAVO NO MENTIR



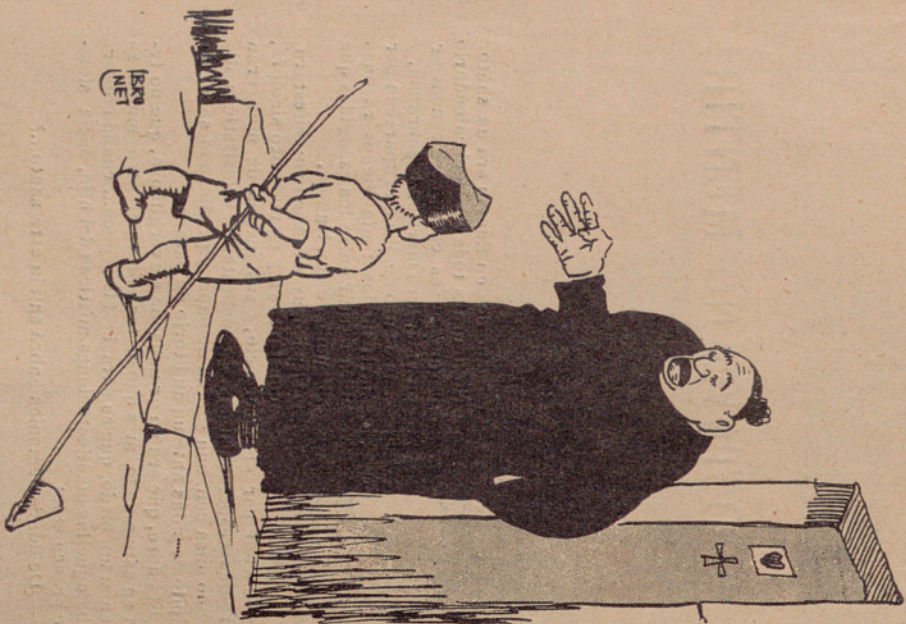
El bueno de don Ramón era un santo. No figuraba todavía en el calendario porque no es costumbre canonizar en vida, pero méritos le sobran, y más de uno de los que aparecen por martirilogios tenía menos razones para figurar entre los escogidos que el bueno de don Ramón.

Desde muy joven se le manifestara, constante ya y en aumento siempre, la vocación por el sacerdocio, y sus juegos de niño eran parodias respetuosísimas de menesteres eclesiásticos, diciendo misa con una sotana de papel y predicando sobre un púlpito de sillas ante un auditorio de butacas.

El padre, que era un grandísimo sinvergüenza, que no tenía en este mundo más que el trabajo y del otro mundo se le daba un bledo, que es dársele bien poco... cuando observaba aquellas manifestaciones místicas del hijo, decía siempre preocupado:

—¿De dónde demonios habrá salido este santo...?

La madre, que con la conducta del padre tenía de sobra para aborrecer á la humanidad en general y á los maridos en particular, vela con ojos tiernos las inclinaciones del



Si, señor, que lo era.

Y cuidado que no habia palabra atrevida ni gesto que no fuera prudente, ni encuentro en el pasillo que no la hiciese apartarse, reduciéndose á la más minima expresión, para dejar libre el paso...

Si, señor, que se apartaba.

Pero por mucho que uno quiera reducirse, las cosas tienen su volumen natural. ¡Eso hay que comprenderlo!...

Y un día tropezaron. Y aquel mismo día la despidió.

Pero... ¡no sé cuántos peros van ya en este episodio! —Engracia se echó á llorar, desconsolándose amargamente y con muchísima razón porque la echaran á la calle sin culpa ni motivo. Y como en realidad no habia culpa ni motivo, se quedó... hasta que lo hubo.

Y después se quedó por haberlo.

Y cada año, en tres consecutivos, hubo sus tres bautizos. Y cuando pasaron otros tres años el bueno de don Ramón, siempre alectuoso con la familia de la Engracia, trajo á los chicos para la rectoral con la buena intención de educarlos cristianamente, pues era contra Dios que los chicos crecieran como salvajes.

Por la aldea hubo, al principio, sus rumores y sus conversaciones maliciosas y hasta un poquito de rebelión; pero como el señor curra no descuidaba sus deberes y seguía siendo un hombre correctísimo y bueno y servicial y honrado á machamartillo, sin que jamás hiciera gala ni ostentación de licencia alguna, todos disculparon la flaqueza de la carne, que al fin y al cabo de carne somos todos.

En estas circunstancias, tan por lo menudo detalladas para más exacto conocimiento de causa, llegó á la apacible aldea, en su acostumbrada visita pastoral, el señor prelado de la diócesis, que nunca solia detenerse arriba de una hora ó hora y media, continuando luego su camino.

Giró una rápida visita á la rectoral, confirmó á los chicos que hubieron menester de este segundo bautizo, aceptó un chocolate con su esponjado y una mantecada, y después, como el tiempo sobra y aun no estaba el coche enganchado, ocurriósele salir de la aldea á pie, en reposada caminata, hasta que el coche les alcanzara.

Por dicho debe tenerse que en todos estos trajes no le

Cierto día, el portero de la Redacción me entregó una cartita que decía esto:

«Si es usted un gentil caballero no vacilará en acudir á las nueve al Petit Pelayo, en el que una dama, con rubor y con ansia, espera su presencia. Llevaré un ramito de violetas al pecho.»

Estuve dudando si iría ó no iría; pero me dolía algo renunciar á la fama de *gentil caballero* y, además, la curiosidad me pinchaba. ¿Quién será? ¿Qué querrá?

Me metí en el bolsillo cinco pesetas y veinticinco céntimos, porque yo soy rumboso y las gasto así, y no es cosa de ir á una aventura con un par de reales, y me dirigí al Petit Pelayo.

En la cervecería no había nadie.

—Debe estar en el restaurant. ¡Malo! Esto se complica.

Efectivamente, en un rincón ví á una señora gruesa, enlutada y con un ramo de violetas al pecho del tamaño de una col. Llevaba sombrero y velo muy tupido sobre la cara.

Vaya, salga lo que salga, y me lancé.

—Señora, mil perdones... ¿Es usted la autora de cierta misiva?...

Inclinó la cabeza, dió con el cuchillo en una copa, acudió el camarero y dijo:

—Sirva usted.

—¿Cómo quiere el señor los huevos?— me pregunta el camarero,

—¿Quién, yo? De ninguna manera. He cenado ya hace una hora.

—Lo siento—murmuró la dama—. Sirva usted á mí sola.

—Señora, yo ignoraba...

—Sí, se me olvidó indicar eso de la cena... Creí que usted comprendería...

Sirvieron una tortilla á la francesa. La señora se levantó el velo, ví unas cejas pintadas, una cara muy empolvada y un pronunciado bozo sobre el labio superior. Hizo dos pedazos de la tortilla, se los comió en dos bocados, se bebió una copa de vino y mirándome con ojos tiernos exclamó dando un largo suspiro:

—¡Ay, caballero, qué triste es la soledad!

—Sí, muy triste.

—Dígame usted á mí, que estoy viuda hace un mes. ¡Qué hombre he perdido! Quizás no haya otro como él... Yo le conocía á usted hace mucho tiempo por sus escritos; soy una de sus más entusiastas lectoras... Por ellos he deducido que usted debe ser ardiente, cariñoso, apasionado...

—No soy una peña, en verdad que...

—Y he pensado en usted...

Y al decir esto se metía en la boca la tercera chuleta rebozada.

—Usted dirá, señora...

—¡Ay! No sabe usted lo violento que es para una señora el tener que decir ciertas cosas... Yo vivo con una cuñada; pero, ¿qué podemos hacer dos mujeres solas?...

—Muy poca cosa, ciertamente.

—Entonces pensé en usted...

—Mil gracias.

—Supé que era usted soltero, hombre serio, formal, de peso...

—De cien kilos y pico...

—Y dije: ¿Por qué no podíamos unir nuestros destinos? Yo cuento con una modesta pensión, tengo algo de papel... ¿Quiere usted un poco de langosta?...



Grupo de asistentes á la fiesta celebrada en el "Carlos V."

—No me gusta el marisco...

—Y usted no estará descalzo... El desierto de la vida se trocaría para nosotros en un vergel; yo le sería á usted fiel hasta la muerte; porque yo, aunque no lo parezca, soy criolla y tengo un alma de fuego y.... ¡Camarero! Traiga usted más ternera... haría de su existencia un edén.... ¡Ay, no me mire usted así! No, que me da mucha vergüenza... ¿No me dice usted nada?...

—Señora, es esto tan inesperado, así, tan de sopetón...

—Yo soy así, no lo puedo remediar... ¡Ay, qué sola estoy en este mun lo!.... ¿Verdad que no me desdeñas, gatito?...

Y se metió un flan en el colete de un bocado. No pude resistir más. Me levanté y salí disparado, dando un tropezón con un camarero y derribando una silla, mientras llegaba á mis oídos la voz atiplada de aquel Heliogabalo con faldas que gruñía:

—¡Grosero! ¡Tratar así á una señora como yo!... ¡Ay! ¡A mí me va á dar algo!...

Subí al primer tranvía que pasó ante mí; el conductor, viendo mi sobresalto, me dijo con desconfianza:

—Va al Tibidabo...

—Aunque vaya á Pekin... ¡Voy huyendo de una oferta de matrimonio!

—¡Qué cosas nos pasan á los escritores gallardos y en estado de merecer!...

LOS APACHES

Aunque mi lector me tache como crea conveniente, confesaré francamente que tengo un amigo apache.

Este, por su buena estrella (el resultado lo abona), vino á caer en Barcelona tomando vuelo en Marsella.

Nadie aquí le preguntó quién era, por qué venía, con qué recursos vivía... y ¡es claro! él no contestó.

Tiene el hombre mala facha; pero teniendo dinero, extraño no considero que encontrara pronto apacha.

Y en paz y en gracia de Dios establecieron su hogar, empezando á trabajar al mismo tiempo los dos.

Cometieron mil deslices corriendo de vicio en vicio, pero alcanzando en su oficio resultados muy felices.

Con dinero en abundancia y sin temer que le roben, no echó de menos el joven ni por un momento á Francia.

—Aquí me va bien—se dijo—, esto es para mí un Edén, y pues aquí me va bien aquí yo mis reales hijo.

Como nadie les molesta ni el trabajo les empacha, viven apache y apacha en una continua fiesta.

Si alguna vez no se oculta de una hazaña algún detalle, una multa y á la calle á ganar para otra multa.

—¿Cuándo á Francia marchará? —un día le pregunté.

Y él me contestó:

—No sé; por aquí muy bien se está.

Si lo logran atrapar, de estar contento no deja y saluda á su pareja diciendo siempre: *Au revoir*.

Siempre la suerte oportuna le sopla bien y con fuerza, y como ella no se tuerza aquí ha de hacer su fortuna.

FEDER SPIEGEL.

EL CENSOR

Don Perfecto hace honor á su nombre y tal vez por eso no simpatizamos del todo con él los míseros mortales que, como yo, por estar llenos de debilidades y defectos, nos consideramos obligados á ser tolerantes con los demás; pero goza de gran prestigio entre los hombres graves y sesudos.

No le veréis nunca bromear ni reír; porque las bromas son impropias de la dignidad humana, y la risa, mirese como se mire, es signo de perversidad. Porque, como él dice con mucha razón:

—La risa nunca se produce en presencia de lo normal, de lo lógico, sino en la de algún contrasentido, sea en el orden de los hechos ó en el de las palabras. El que ríe manifiesta, pues, que siente alegría ante lo que se aparta de lo racional y de lo recto; cuando lo que debiera sentir

sería pena. Su moral está pervertida, por consiguiente. Eso sin contar con que la forma grotesca con que se manifiesta la risa no se aviene con la seriedad que debe caracterizar al hombre.

Don Perfecto es inflexible en la condenación de las debilidades y de los vicios de la humanidad.

Un día que me hallaba conversando con él ofrecíle un cigarrillo y me dispuse á encender otro. Don Perfecto arrugó el entrecejo, me miró con severidad y me dijo con ese tono solemne que siempre emplea en hablar y que tan bien le sienta:

—Ni yo fumo ni puedo consentir que lo haga una persona á quien yo estimo. Tire usted esos

cigarrillos y si en algo aprecia mi consejo y mi amistad no vuelva á comprar tales inmundicias. ¿Qué saca usted manteniendo tan execrable vicio? Gastar en humo un dinero que podría aplicar á cosas más útiles; estropear su estómago y sus pulmones y envenenar su inteligencia.

—Fumo muy poco, don Perfecto—me atreví á decirle.

—¡Peor que peor!—me contestó acentuando más la severidad de su mirada—. Su disculpa me dice claramente que usted sabe que hace mal en fumar, y al pretender que transijan con su vicio porque fuma con poca frecuencia se coloca us-

ted en el mismo caso del forajido que dijese al tribunal:—Yo sé que es malo asesinar; pero se me debe absolver porque no mato más que á una persona por semana.

—No, amigo, no—añadió—, arrebátandome el cigarrillo y arrojándolo al suelo—ni poco ni mucho; se acabó el fumar. Cuando se sabe que una cosa es mala, se deja. No admito réplica.

—Pero—exclamé un poco amostazado—, ¿cree usted que puede dejarse de golpe y porrazo una costumbre cuando está arraigada hace más de veinte años?

—¿Qué si puede dejarse? Desde los trece años



Cualquiera se temería — para ropa tan sucia — resulta poca lejía.



Los apaches á la víctima: —¡Hay que vivir!

á los cincuenta y cuatro he fumado yo, y no un paquete al día, sino hasta tres y cuatro, amén de algunos cigarros puros; pero llegó un momento en que comprendí cuán dañoso á la salud y al bolsillo era ese vicio, y corté de golpe y radicalmente. Ya ve usted que sí se puede dejar un vicio cuando se quiere.

—Bueno, don Perfecto—le repliqué—, cuando llegue á los cincuenta y cuatro años, dejaré de fumar... y aun predicaré á los demás.

Esta respuesta me valió que apenas me saludase en tres meses.

Otro día hallé á don Perfecto en el preciso momento en que aplicaba á un muchachuelo de diez ó doce años, al que tenía sujeto, un soberano puntapié y cuatro ó cinco pescozones. A duras penas conseguí librar al granujilla de las garras del iracundo viejo, que, á pesar de sus años, era un atleta, y no menos trabajo me costó aplacar á éste.

Al preguntarle por qué castigaba tan duramente al chicuelo, me contestó:

—¡Calle usted, hombre, calle! ¡Nada hay que subleve tanto como los abusos de la fuerza! Ese

pillete sinvergüenza ha agarrado á aquel otro que está llorando junto al farol y le ha asestado un feroz puñetazo en mitad de la cara. ¡Todo porque el chiquitín le ha quitado una moneda de cobre! Pero él tiene dos ó tres años más, está más desarrollado y es más fuerte, y por esa razón se ha creído con derecho á aplicar la justicia por su mano... ¡Así es el mundo!... ¡Pero lo que es esta vez creo que habrá aprendido que no se puede abusar impunemente de la fuerza!...

Miré con estupefacción á don Perfecto y creí prudente dejarle y seguir mi camino, porque si llego á decirle lo que en aquel momento se me ocurrió es más que probable que hubiese querido proseguir en mí la interrumpida lección del muchacho.

No volví á verlo hasta el último domingo. Huyendo del calor y deseando recrear mis ojos con la contemplación de horizontes más bellos que los de la ciudad y regalar á mis pulmones un poco de aire puro, me fui á dar un paseo por el campo. El sol calentaba aun mucho más de lo conveniente y yo iba buscando la sombra de los árboles y haciéndome aire con el pañuelo, cuando divisé á un hombre que parecía absorto en la contemplación de algo que debía haber á lo lejos.

Al acercarse le reconocí: era don Perfecto. El sol le daba de lleno en la espalda; pero él parecía no percatarse de ello.

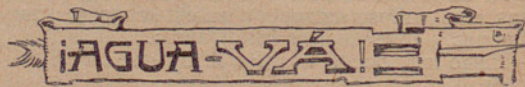
—¿Qué hace usted aquí?—le pregunté tocándole ligeramente en el hombro, que, por

cierto, estaba caldeado.

Volvióse rápidamente, me miró y me dijo mientras señalaba con el índice un punto de la orilla de un río próximo:

—¡Vea, amigo, y medite!... ¡Vea hasta dónde pueden llegar la pachorra y la estupidez humana! ¿Ve usted aquel hombre que se halla debajo de un árbol? Pues bien, amigo, ¡desde las doce le estoy viendo con la cañita en la mano, dale que dale, sufriendo todo el resol del río con su santa calma, para, á fin de cuentas, sacar media docena de peces que no valen el cebo que ha puesto en el anzuelo! ¡Así gastan las horas de su vida algunas gentes!...

E. VERA.



¡Han leído ustedes lo que hacen en el Brasil con las jóvenes que emigran á aquellos países?

¡Qué horrible será la cara de un moreno que la vara

á los cuarenta sorben el seso á los cristianos y al más corrido de los mozos corretones le acusan las cuarenta... y veinte más, y arrastran del palo de triunfo que es un alabar á Dios...

Para completa salvaguardia, lo menos han de ser de cincuenta. ¡Nol! Cincuenta es poco... De sesenta.

Y aun de sesenta... Ninon de Lenclos enamoraba, triunfando de las jóvenes, á esa edad.

Pongamos definitivamente de setenta y que estén mal conservadas y que ya en la juventud hayan sido feas.

Pero el caso no era este. El ama de don Ramón tenía los cincuenta, y los cincuenta feos. No había cuestión...

Lo malo fué que doña Francisca enfermó. El médico dijo que eran tercianas y que en un par de meses quedaba completamente restablecida. No era cristiano echarla...

Y para cuidar un poco á doña Francisca y mucho á la casa, vino una hermana interinamente. En cuanto á la mayor se le pasasen las tercianas, la pequeña volvería al lado de la demás familia...

Era guapa. Eso se veía enseguida, y don Ramón, que también tuvo que verlo, quedó algo sobrecogido; pero como se trataba de un tiempo corto, parecíale exceso de suspicacia rechazarla.

El médico se equivocó. Generalmente suelen equivocarse en esto de las enfermedades; en otras cosas no tanto...

Las tercianas se hicieron diarias, y un buen día, al amanecer, se quedó como un pajarito, fría y con el cuello doblado.

—Hay que buscar un ama...

—Mientras, si no le disgusta, yo le atenderé...

—¡Pero hay que buscarla inmediatamente!

Y se quedó en la casa, mientras... No es que le disgustara á don Ramón, ni que fuera mala muchacha; pero la Engracia, con sus treinta y cinco años no cabales; sus caderas, cabales del todo; su buena presencia de moza frescachona; sus ojos, siempre despiertos, y su boca, siempre reidosa, con más otros detalles voluminosamente detallados, traía un aire eminentemente desmoralizador por la tranquila y triste rectoral...

Y cuidado que ella era modosa y dispuesta y pulcra y trabajadora...

chiquillo y ella misma le animaba en sus propósitos, haciéndole unos primorosos bonetes de cartón que eran la envidia de los demás chiquillos y el asombro y la veneranda admiración del propio y predestinado Ramoncito.

Y las comadres, que nunca desmintían ni contrarían las infantiles predilecciones á la humildad, convencidas de que ese es un excelente camino para zarandearlos luego de mayores, se hacían lenguas de tan felices comienzos y reputaban á Ramoncito como modelo de chiquillería y envidiable retoño de futuras flores episcopales.

—¡En menos de canónigo no se queda...!

—¡Como no llegue á cardenal!

—¡Y aun puede que á santo...!

Por las aldeas, y muy especialmente por las aldeas de la montaña, la escala espiritual tiene sus peldaños definidos y va subiendo de cura á canónigo, de canónigo á obispo y de obispo á santo, que es como si dijéramos, en comparación burocrática, que el cura es un oficial-escribiente de la clase de quintos, el obispo un jefe de negociado y el santo un director general en la plantilla terro-celeste que empieza en este cochino mundo y termina más allá de las nubes, en donde tienen su divino asiento los tronos de arcángeles y serafines que sostienen por los siglos de los siglos al mismísimo hijo de Dios y al padre y al Espíritu Santo en la sublimidad y algo complicada concepción de su santa trinidad...

Por la vida esta escala se desarrolla de muy distinto modo y no siempre son los más virtuosos los que más blasonan de virtudes ni los más obligados á demostrarlas. Buen ejemplo de esto, que no es cosa ahora de meternos en herijas...

El caso era que Ramoncito servía de laudable enseñanza para sus contemporáneos, ensalzado por aines y extraños, tenido como un prodigio y milagro patente, entre besos y caricias y extáticas admiraciones, salvo algún que otro profano coscorrón administrado categóricamente por el padre del susodicho prodigio, que no le pegaba para corregirle, sino para demostrar que era el padre, afianzando y perpetuando así la saludable tradición española, que en el hecho de pegar sin que á uno le devuelvan los golpes demuestra la superioridad moral.

De las cardinales y teologales que respaldaban en el carácter de Ramoncito, la virtud más saliente, y de tan saliente ya un poco peligrosa, era la verdad, el odio sacrosanto á la mentira y á la disimulación y al engaño. De aquello, cuanto decía era rigurosamente exacto y no miraba si traía apuro ó perjuicio para otro ni para sí mismo; de mayor, aprendió á callar, pero como le preguntaran, la verdad decía. Toda la civilización, en el terreno éste, se redujo al silencio mientras no se viera directamente requerido, que viéndose, allá salía lo cierto aunque provocara un catolicismo mundano.

Ni en el tribunal de la confesión pudo acusarse su minuciosa conciencia del pecado venial de una mentira.

Cuando sonó la hora de elegir carrera hubo en la casa sus naturales disputas y sus coscorrones también bastante naturales y menudeados. La madre, que con los disgustos del padre y el ejemplo reconfortante del hijo se había entredado de rondón por las lindes de la sacristía y los goceos de la novena, y estaba ya en tan buenas relaciones, con la corte celestial que daba gracias á Santa Bárbara porque la libraba de los rayos, y á San Cristóbal porque no descarrilaban los trenes en un viaje que hizo de Coruña á Lugo y de Lugo á Coruña, que entre ida y vuelta son seis horas, y á San Cosme porque no se le cortaban las natillas en las comilonas de las festividades, la madre, digo, apoyaba resueltamente la vocación del hijo y curra había de ser.

El padre, que en sus momentos de cordura no le parecía mal ser padre de un canónigo y quizás de un obispo, lo que ya resultaba ser padre y muy señor mío, en los momentos preponderantes del vino del Rivero, y aun en los del vinillo de Betanzos, se abotargaba, no podía pensar en nada, y, naturalmente, quería ser librepensador y que el hijo lo fuera también.

Como en este tira y afloja y en este quitero y no me daba la gana iban pasando los días y se acercaba el de empezar el curso, la madre apeló á los recursos heroicos cerrando la llave de la gaveta. El enemigo se rindió al fin ante tan fiero y descomunal ataque á sus legítimos derechos de beodo recalcitrante y pacífico, y una hermosa tarde de Septiembre fue Ramoncito al seminario, y al padre lo trajeron para

casa, ya que él, entre el dolor y el vino, no acertaba en dónde demonios habrían puesto los mismísimos demonios su casa aquella noche...

Y así fueron pasando meses y meses, y años y años, de Latin y de Teología, imponiéndose en la intrincada madeja de las *Humanidades*. Y un día, Ramoncito, que entrara en el seminario con la dulce ilusión de vivir entre quienes aspiraban al mismo anhelo y seguían el mismo rumbo, siendo hermanos en Cristo, salió del seminario sin encontrar un hermano, asqueado de que fuera oficio y profesión lo que él entendía favor especialísimo de la gracia, y decidido á enterarse en la paz ignorada de una aldea, huyendo de los poblados y de las ciudades en donde todo vicio tiene su cabida y toda concupiscencia su pareja. Para salvar íntegra la hermosura de las creencias había que alejarse del trato de los hombres y no exponerse, como Martín Lutero, á perder la fe por ir á Roma... ¡a la aldea, á la aldea!

Y á la aldea fué. Y allí vivió, ignorado del mundo oficial, el de los honores y el de los ascensos, pero querido y respetado de sus feligreses. Sus ideas continuaban siendo las mismas, pero ya no se forjaban en hierro rígido, sino en acero dúctil. El saber tenía indulgencia para la ignorancia, la humildad tenía disculpas para la soberbia. En lo único en que se conservaba irreductible era en su arraigado odio al embuste; su palabra seguía leal y sincera y honradamente cierta.

Habían muerto los padres. La madre, en olor de santidad; el padre, en olor de viña...

Y el bueno de don Ramón se encontró á los treinta y dos años solo. ¡Cosa dura es la soledad, y el diablo de la carne, ó la carne sola, como dicen los impíos, hizo una de las muchas que hace por este valle de lágrimas...!

Pero la humana previsión no podía alcanzar á tanto! Don Ramón, al quedarse solo, escogió para el gobierno de su rectoral á una buena mujer, de limpia y no discutida conducta y de cuarenta para arriba, como mandan los previos sabios preceptos de la disciplina eclesiástica, pues en mi modestísima opinión no era esa la edad para librarse á uno del contagio pecaminoso, ya que abundan ejemplos de mozas que

contra las jóvenes vibre.
de una gente tan ignara
lector, que el Señor nos libre.

El gobernador parece que ha declarado la guerra á la pornografía.

Bueno; pero ya que lo hace, que sea de veras.

Es decir, que lleve su persecución, más que á espectáculos en los que Barcelona no tiene ni mucho menos! la exclusiva, á otras esferas en los que son más temibles los elementos corruptores de la juventud... y de la vejez.

No es que nos parezca mal que el señor gobernador se cuide de la moral,

¡no, señor!

Pero haga que los empleados (hoy de la moral sostén) atisben por todos lados ¡y vean bien!

El señor Iglesias (don Emiliano) empieza á recoger los frutos de su siembra.

Ya parece que algunos de sus amigos se muestran contrariados cuando se acerca á ellos.

Pero no debe apurarse por tan poca cosa.

No tiene que afanarse en buscar compañeros.

Por lo mismo que sembró virtudes de tal manera tiene, siguiendo á Lladó, la *Cola del hamb* e entera.

Hay un negocio que recomendamos al editor que quiera hacerse rico.

¿Qué cual es?

La publicación de las cartas de Lerroix á su secretario.

Son una colección de obras maestras que dejan en mantillas al autor epistolario de Fernán Pérez de Cidbarreal.

Se corre el riesgo de la denuncia.

No por lo pornográficas, sino por lo poco limpias.

Su inspiración poco cuerda muestra allí sin disimulo.

¡No trata más que de... porquería y no habla más que del... vientre!

Entre los procedimientos de los prohombres del lerroixismo y los de la *gentecica* de *El Correo Catalán* no hay diferencia. Unos y otros tienden al mismo fin: á esquilmar á los infelices que muerdan el cebo de sus predicaciones.

El órgano de los neos, con el pretexto de necesitar medios para defender la religión, escarnecida, ¡pobrecital por los infames liberales, hace diariamente un llamamiento al bolsillo de las beatas catalanas, consiguiendo así recaudar una suma no despreciable que irá á sanear los depreciados intereses de sus accionistas.

¡Y hablese luego de la caridad cristiana!

Mientras esas beatas abren las faltriqueras á los mercaderes de la religión, hay gentes que mueren de hambre y de frío.

Vayan soltando pesetas las beatas y los neos, creyendo, ¡zotes!, que así compran un puesto en el cielo. No hay tal; pero si lo hubiera ya podríamos estar ciertos de que á esos *negociantes* y á su cohorte de memos de las puertas les echaban á golpes... ¡en el trasero!

El obeso Vinaixa ya se prepara un *modus vivendi* para cuando deje de ser concejal.

El hombre trata de crear en el Municipio un negociado de la Prensa bajo su jefatura.

Nosotros nos alegraremos que el plan de Vinaixa prospere.

Preferimos cien veces verle en trato con los chicos de la Prensa antes que con los *mangoneadores* de los mataderos.

QUEBRADEROS DE CABEZAS

CHARADAS

de Jaime Tolrá.

La *prima dos* cayó al cuarto;
y un *todo* que la salvó,
á un *tercera cuarta* inversas
de su convento llevó.

Al sentir *prima segunda*
que aflojaban su corsé,
dió tal bofetón al *todo*
que una muela se le fué.

de Antonio Zanini.

(Dedicada á las distinguidas señoritas Enriqueta y Carmen Creus.)

Signo de música es *prima*,
planta aromática es *dos*
y mi *todo* yo lo quiero
en la prenda de mi amor.

SOLUCIONES

(Correspondientes á los quebraderos de cabeza del 18 de Marzo.)

AL ROMPE CABEZAS CON PREMIO DE LIBROS

Las enaguas y el pie izquierdo de la señora forman el dueño de la zapatería. Invirtiendo el dibujo, puede verse al dependiente, junto al cuello de la propia señora y al caballero en el peinado de la misma. Finalmente, la amiga vése entre la butaca y las faldas de la señora.

AL TERCIO SILÁBICO

TO RE RO
AE DI ME
RO ME RO

A LA LETRA NUMÉRICA

Elena.

AL JEROGLIFICO COMPRIMIDO

Miedo.

Á LA MESA NUMÉRICA

Leodegario.

Han remitido soluciones. — Al rompecabezas premio de libros: M. Poch, L. Butchosa, J. Tort, M. Larray, A. Zanini, S. d'Inttaffa, Nick Cartró, R. Hernández, J. Bota, Ana Fortuny, F. Bataller, J. M. Coll, J. Basas, J. Picañol, E. Berenguer, E. Comas, J. Sala, P. Ferrer, J. Llimona, J. Gustems, A. Manzano, M. B., R. Xalmet, A. Piqué, R. Grau, Arcadio A. Güell, B. Gispert, E. Vilaplana, M. Comas, F. Hernández de Barros, E. Hernández de Barros, A. Vilalta, R. Ribas, J. Amigó, B. Comas, J. Caritg, J. Trullás, A. Morera, J. Tolrá y F. Casanovas.

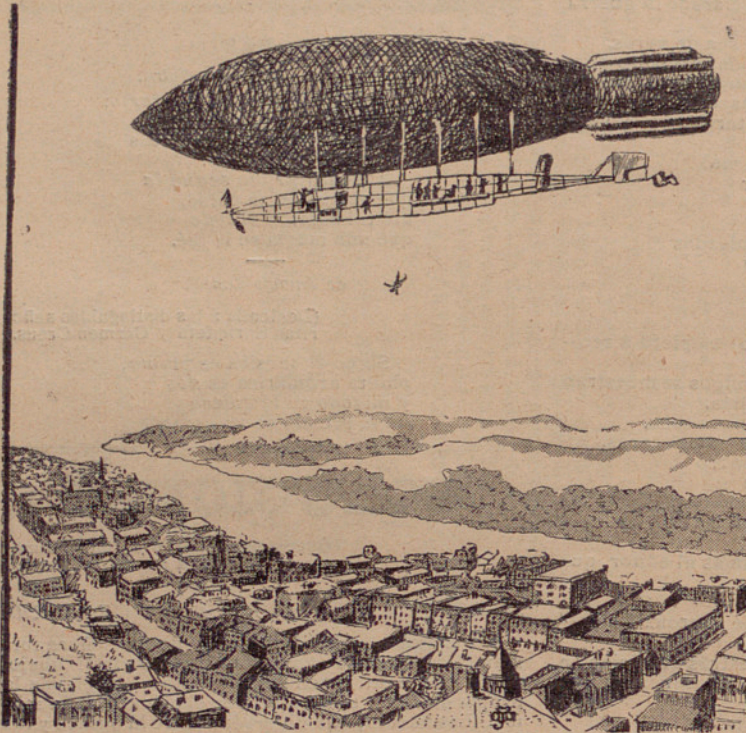
A la letra numérica: Ricardo Hernández, Enrique Castro, Antonio Manzano, Jaime Tolrá, Carlos Suñol, F. Hernández de Barros, E. Hernández de Barros, Baltasar Gispert, Jaime Caritg, Facundo Casanovas, M. Poch, Jaime Basas y Juan Trullás.

Al jeroglífico comprimido: Jaime Tolrá, Enrique Castro, Antonio Manzano, Carlos Suñol, F. Hernández de Barros, E. Hernández de Barros, Jaime Basas y Pedro Regás.

A la mesa numérica: Jaime Caritg, Enrique Castro, Antonio Manzano, F. Hernández de Barros, E. Hernández de Barros, Jaime Tolrá, Facundo Casanovas, M. Poch, Jaime Basas y Pedro Regás.

CONCURSO núm. 100

EXTRAORDINARIO. — 3 SERIES. — PREMIO DE 100 PESETAS



SERIE 1.ª

EL DIRIGIBLE

POLÍTICOS

José M.ª Vallés y Ribot.

Rodrigo Soriano.

Juan Vázquez Mella.

Juan Sol y Ortega.

Antonio Maura.

Alejandro Lerroux.

Juan Lacierva.

Francisco Cambó.

Pablo Iglesias.

Gumersindo Azcárate.

En este aerostato iban los diez políticos que al margen se indican. Al llegar á cierta altura notó el piloto que el dirigible llevaba demasiado peso y que era preciso aligerarse de *lastre*. Para salvar á los restantes necesitábase arrojar del globo á uno de los políticos en cuestión. ¿Cuál fué el que tuvo que ser arrojado al espacio para que los demás salieran con vida del percance?

Indíquese en el boletín adjunto el nombre del político que cada solucionista crea debió ser arrojado del dirigible. En cada boletín sólo puede consignarse el nombre de un político.

En la segunda serie de este concurso únicamente podrán tomar parte los que hubiesen votado—constituyendo mayoría—*d favor* del político arrojado del globo.

Y el premio se adjudicará al solucionista ó solucionistas que resulten vencedores en las tres series. El resultado del concurso se publicará oportunamente.

BOLETIN

Serie 1.ª

Concurso EL DIRIGIBLE

Solucionista _____

Domicilio _____

Político _____

Dr. CASTELLARNAU

Especialista en **Vías Urinarias**. Tratamientos modernos de efectos rápidos.

Curación radical de la avariosis por el nuevo procedimiento

del **Prof. EHRlich**, fórmula**606**

Consulta de 11 á 1 y de 5 á 8. = RAMBLA DEL CENTRO, 11, prali

PIDASE PARA CURAR LAS ENFERMEDADES NERVIOSAS ELIXIR POLIBROMURADO AMARGÓS

QUE CALMA, REGULARIZA Y FORTIFICA LOS NERVIOS
UNIVERSALMENTE RECOMENDADO POR LOS MÉDICOS MÁS EMINENTES

Su acción es rápida y maravillosa en la EPILEPSIA (mal de Sant Pau), COREA (baile de San Vito), HISTERISMO, INSOMNIO, CONVULSIONES, VERTIGOS, JAQUECA (migraña), COQUELUCHE (catarro de los niños), PALPITACIONES DEL CORAZON, TEMBLORES, DELIRIO, DESVANECIMIENTOS, PERDIDA DE LA MEMORIA, AGITACION NOCTURNA y toda clase de Accidentes nerviosos.

Farmacia del Dr. AMARGÓS, PLAZA DE SANTA ANA, 9.



EL TORMENTO EN LOS CONVENTOS

~~~~~ POR ~~~~~  
FRAY GERUNDIO

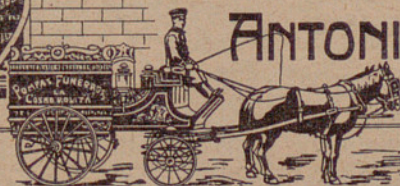
~~~~~  
Un tomo de 220 páginas, 1 peseta. Se vende en el kiosco *Blanco y Negro*, Rambla de las Flores, frente á la calle Hospital. Por 1'25 se remite certificado á provincias.

LA COSMOPOLITA

EMPRESA DE POMPAS FÚNEBRES

FUNERARIA DEL SAGRADO CORAZÓN
ESPECIALIDAD EN ATAÚDES DE LUJO

ANTONIO QUINTILLA
S. en C.



RONDA UNIVERSIDAD · 31
(TELÉFONO 2480)

SUCURSAL: ARIBAU · 17 (TELÉFONO 2490)

BARCELONA



LAS PRÓXIMAS ELECCIONES MUNICIPALES

—¡Me parece que ahora vienen todos!

—¡San Pucherazo nos valga!